

IX

Mientras estos sucesos tenían lugar al sud, en la región norte se desenvolvían otros de no menor importancia, que debían cambiar la faz política y militar de la revolución. Desguarnecida, como queda dicho, la línea del Maule, el enemigo se aprovechó de esta circunstancia para salvar esta barrera que fué pisada por la primera vez por la planta de los soldados realistas. Mandábalos un joven vizcaino, llamado José Antonio Elorriaga, que de un escritorio de comercio había pasado á ser jefe de vanguardia, distinguiéndose en la guerra de partidarios, hasta merecer la admiración de sus mismos enemigos. Á la cabeza de 300 hombres cruzó el río, y cayó inopinadamente sobre la ciudad de Talca, de donde se había ausentado pocos días antes la junta gubernativa después de remover del mando á Carrera. Mandaba la plaza el coronel Carlos Spano, español de nacimiento, pero que desde 1809 se había decidido por la revolución, y aunque la guarnición era muy débil, resolvió resistirse (4 de abril). La defensa fué heroica, pero al fin sucumbió Spano, cayendo muerto envuelto en la bandera tricolor de su patria adoptiva, que defendió hasta el último trance (33). El camino de la capital estaba abierto y la invasión golpeaba sus puertas. Este golpe esparció la consternación en Santiago, á la vez que levantó el espíritu de los liberales, que

emporio de tu amante Estado, — En esa ilustre Grecia y gran guerrera, — En esa Esparta, esa brillante Roma, — Se producen por Marte, bravos Heras. — Con tu Argentino auxilio y tus legiones, — Hoy el Chileno Estado se consuela. — Viva la Patria Chilena, — Viva el Argentino Estado — Vivan los fieles soldados, — Con la tricolor bandera ».

(33) Rigurosamente histórico. Véase Barros Arana : « Hist. de la Indep. de Chile, » t. II, p. 337.

atribuían á la poca actividad del gobierno las desgracias públicas. El pueblo reunióse espontáneamente en asamblea en la plaza principal, y allí se alzó la voz de un argentino, llamado Mariano Vidal, quien como diputado del pueblo se apersonó al Cabildo á fin de acordar las medidas que debían tomarse para salvar la patria. El regidor del ayuntamiento, que lo era el guatemalteco Irisarri, uno de los precursores de la revolución, se puso á la cabeza del movimiento y propuso que se nombrase un dictador como en los días de peligro en la república romana. El resultado fué nombrar un director supremo á imitación de lo que acababa de hacerse en Buenos Aires, concentrando el poder ejecutivo en una sola persona (34). El coronel don Francisco Lastra, á la sazón gobernador de Valparaíso, hombre probo, pero que no tenía el temperamento de un dictador, fué llamado á ocupar la nueva magistratura suprema. Desde entonces el viento empezó á soplar más favorablemente del lado de Buenos Aires.

(34) Pocos días antes se había publicado en el núm. 23 del « Monitor Araucano » de 25 de febrero de 1814, la reforma al Estatuto provisorio de Buenos Aires, que concentró el poder ejecutivo en una sola persona, el cual lleva la fecha de 26 de enero de 1814, que sirvió de modelo á la que Chile adoptó en el mismo sentido á principios de mayo con la misma denominación. Para que la imitación fuese completa, hasta se copió el distintivo del Director, variando sólo el color y poniendo una flecadura de oro en vez de la borla. En el « Monitor Araucano » extraordinario de 14 de marzo de 1814 se lee lo siguiente : « El coronel de ejército » del Sublime Pueblo Bonaerense, don Santiago Carrera (argentino) ex- » puso (en la Junta de corporaciones) la necesidad de que el Supremo » Director llevase un distintivo de su dignidad, y se acordó fuese una » banda roja cruzada ». En este movimiento se vió figurar nuevamente entre las filas liberales al antiguo grupo de argentinos de los primeros días de la revolución, distinguiéndose especialmente entre ellos los ya conocidos Villegas, Vera, Oro, etc. y además, don Manuel Blanco Encalada que debía entrar pronto en escena, el Dr. Jaime Zudañez, natural de Montevideo, que había antes figurado en la revolución del Alto Perú, don Nicolás A. Orjera, conocido hasta sus últimos días con la denominación de « tribuno de la plebe, » que fué nombrado secretario de guerra, y otros, unidos como siempre al parecer por íntimas afinidades de raza y de tendencias.

El nuevo gobierno desplegó grande actividad y energía. En pocos días organizó una expedición para reconquistar á Talca, fuerte de 1,500 hombres de las tres armas con seis cañones. Confióse su mando á un joven llamado don Manuel Blanco Encalada, á quien veremos figurar más adelante en otro elemento. Su tropa era bisoña, y su campaña fué mal conducida, siendo finalmente rechazado en el ataque que intentó sobre Talca y completamente derrotado á sus inmediaciones, en el campo de Cancha-Rayada, célebre desde entonces por la derrota de las armas patriotas (27 de marzo). Esta vez el camino de la capital no sólo quedó abierto, sino indefenso. Esto sucedía en momentos en que Gainza con el ejército invasor marchaba decididamente sobre ella, á la vez que O'Higgins, incorporado ya á Mackenna, se acercaba en la misma dirección, habiendo prevenido anticipadamente á Blanco, que no comprometiese combate. Reunido el ejército patriota del sud con la división de Santiago, habrían formado un total de más de 3,500 hombres, fuerza superior á la del enemigo, con la que era posible terminar ventajosamente la campaña. Ahora, la única esperanza era O'Higgins y Mackenna. La salvación consistía en cuál de los dos ejércitos pasaría primero el Maule, si el patriota ó el realista.

X

Después de la acción de Cucha-Cucha, la posición de Mackenna en el Membrillar llegó á hacerse insostenible. Asediado en todas direcciones y circunscripto á su campo atrincherado, las provisiones empezaban á escasear, y apenas contaba con víveres para doce días. La toma de Talca, que interceptaba sus comunicaciones con la capital y lo privaba de todo socorro, hizo desmayar sus tropas, á punto de pen-

sarse seriamente en abandonar el punto, y retirarse al norte; pero el ánimo esforzado de Mackenna lo mantuvo. Su ciencia, como buen ingeniero, consistía en saber acampar bien y prevenirse contra toda eventualidad. Al efecto, había elegido una posición fuerte para la defensiva, que á la vez le dejaba abierto todos los caminos de la retirada y del ataque, según las circunstancias. Apoyando su espalda en el Itata, protegido por barrancas inaccesibles, formó tres reductos sobre tres colinas, á tiro de fusil una de otra, dos de ellos avanzados hacia el norte y uno central á retaguardia, de manera que sus fuegos los flanqueasen y protegiesen su retaguardia, á la vez que los tiros convergentes pudieran concentrarse sobre el enemigo que intentara un ataque de frente que dos profundas quebradas dificultaban. Mientras tanto, O'Higgins, encerrado en Concepción, perseveraba en su errado plan de dominar el interior del país por la parte de Arauco; pero la derrota de una de sus divisiones destacadas con tal objeto (9 de marzo), le obligó al fin á tomar la resolución salvadora. El 16 de marzo se puso en marcha con todo su ejército en protección de Mackenna, dejando débilmente guarnecidas las plazas de Concepción y Talcahuano, que muy luego cayeron en poder del enemigo. Ya era tiempo. Gainza, con su ejército reconcentrado se había interpuesto entre O'Higgins y Mackenna situándose al sur del Itata, y dominando los dos caminos entre Concepción y el Membrillar de manera de poder caer sobre uno ú otro con dobles fuerzas. Si el general realista hubiera tenido la inspiración de la guerra, la revolución de Chile estaba por el momento militarmente perdida.

El 19 de marzo asomó O'Higgins al pie de las alturas de Ranquil, al sur del Itata frente al Membrillar, y encontró defendidas las lomas del Quilo por una división realista de 400 hombres que le obstruía el paso. Mandábala el argentino Manuel Barañao, en posiciones favorables á la defensiva. El general patriota las atacó sin trepidar, y se posesionó de ellas.

Las dos divisiones quedaron á la vista una de otra, con intervalo de veinte y seis kilómetros de mal camino entre una y otra. Una salva de artillería disparada simultáneamente en los dos campos, fué el saludo que se hicieron. La esperanza volvió á renacer en el Membrillar. Pero O'Higgins, permaneció inmóvil, en una inacción inexplicable, que ninguna dificultad puede justificar en momento tan supremo. Mientras tanto, la suerte de la revolución se decidía en el Membrillar.

Gainza, perdida la oportunidad de batir una de las dos divisiones patriotas en detall antes de que estuviesen en contacto y pudiesen protegerse mutuamente, vió desbaratado su plan de campaña con la derrota de su vanguardia en Quilo. Para reparar este contraste, resolvió lanzarse en masa sobre la posición de Mackenna, y rendirla, á fin de caer después sobre O'Higgins. Al efecto, repasó sigilosamente el Itata y el Ñuble un poco más arriba de su confluencia y llamó á sí las fuerzas de Chillán. El 20 á las tres de la tarde se presentó inopinadamente sobre el frente del Membrillar, y atacó una partida destacada que se ocupaba en recoger los ganados, la que protegida por Las Heras, pudo salvarse. En seguida avanzó resueltamente por una de las quebradas, y á gran carrera asomó al pie de la loma á tiro de fusil, haciendo ondear el estandarte real bajo el fuego de los reductos. La cabeza de columna iba á ceder, cuando el comandante Barañao al frente de una columna de 400 hombres se lanzó sobre el reducto del centro. Mackenna tuvo la inspiración del momento. Ordenó que Balcarce á la cabeza de 70 voluntarios argentinos (35) y tres piquetes chilenos mandados por Bueiras, el capitán Hilario Vial y el comandante Agustín Alman-

(35) Estos 70 Auxiliares pertenecían á la compañía reclutada en Córdoba. (Informe de Balcarce. M. S.)

za, hiciese una vigorosa salida. Balcarce cargó á la bayoneta la columna de Barañao, y la rechazó, haciéndole varios muertos y tomándole prisioneros; la persiguió por algún trecho, y regresó á la línea con los trofeos de su victoria.

El enemigo no desistió por esto de su ataque. Avanzó su artillería, y bajo sus fuegos se puso á tiro de pistola de los atrincheramientos, reconcentrando sus mayores esfuerzos sobre el reducto de la derecha, que protegido por 50 Auxiliares á las órdenes de las Heras contribuyó á rechazar cinco asaltos que le fueron llevados. El fuego se prolongó por el espacio de cuatro horas. Al anochecer los realistas retrocedieron vencidos, dejando en el campo ochenta cadáveres, sin más pérdida por parte de los defensores que ocho muertos y diez y ocho heridos, entre los cuales se contaba el mismo Mackenna (36). Éste no pudo estimar por el momento la importancia de su victoria, que fué de grandes consecuencias

(36) Para este relato hemos tomado por base el parte oficial de Mackenna, publicado en el núm. 35 del « Monitor Araucano, » de 15 de abril de 1814, completándolo con algunos detalles del parte oficial de Balcarce de 22 de marzo de 1814, que original existe en el Arch. Gral. M. S. — Véase Barros Arana : « Hist. de la Indep. de Chile, » t. II, p. 355 y sig., y Vicuña Mackenna, biografía titulada « Don Juan Mackenna, » p. 25 y sig. — En un documento que tenemos á la vista, dice O'Higgins dirigiéndose al enviado argentino en Chile, que á la sazón lo era el Dr. Juan José Passo, lo siguiente : « Espero que recuerde usted su deber á esas » tropas que pertenecen al pueblo que representan (los Auxiliares Argentinos) para que sin intervención en las decisiones civiles, guarden una » perfecta neutralidad, cuando no sea asequible se unan á sus compañeros de armas, á los que han evitado la su ruina en el punto llamado » del Membrillar. Talca, á 4 de agosto de 1814. — Bernardo O'Higgins » (M. S. del Arch. Gral. de B. A.)

XI

El 23 de marzo se reunieron las divisiones de O'Higgins y Mackenna, y el 24 rompieron la marcha. La fuerza total ascendía á 2,600 fusileros y 600 hombres de caballería con 20 piezas de artillería. El 24 se pusieron en movimiento hacia el norte, en circunstancias en que Gainza repuesto de su contraste emprendía una marcha paralela en la misma dirección, y empezó á picar su retaguardia. Ambos tenían por objetivo la capital: el uno para tomarla: el otro para salvarla. La victoria era del primero que atravesase el Maule. La ventaja estaba de parte de los realistas, que tenían su margen derecha cubierta por sus tropas de Talca. Los patriotas se iban á encontrar ante un obstáculo difícil de salvar y entre dos fuegos. O'Higgins, bien aconsejado sin duda por Mackenna, practicó una serie de movimientos bien combinados, se posesionó de uno de los pasos del río descuidado por el enemigo en el norte, y se cubrió por su retaguardia con trincheras de abatis. Merced á esto, rechazó ventajosamente un ataque que le fué llevado por esa parte. En seguida cruzó el Maule casi simultáneamente con el enemigo (4 de marzo), á corta distancia uno de otro.

El enemigo, continuando su marcha paralela, procuró cerrar el paso á los patriotas en el río Claro, que fué salvado á viva fuerza (7 de enero). Situados ambos beligerantes entre el Claro y el Lontué, O'Higgins se atrincheró sólidamente en la hacienda de Quecheraguas. El enemigo llevó dos ataques sucesivos (8 y 9 de marzo) que fueron rechazados. La capital estaba salvada, y la defensa de Quecheraguas equivalía á una victoria. El ejército patriota reforzado con nuevos contingentes salidos de Santiago, estaba en actitud de tomar la

ofensiva. Gainza retrocedió humillado á encerrarse en Talca. En estos mismos días capitulaban las plazas de Concepción y Talcahuano, y todo el sud quedaba por los realistas, desde Talca hasta Valdivia y Chiloe.

Por este mismo tiempo el horizonte americano empezaba á nublar. Las armas anglo-hispanas expulsaban los ejércitos de Napoleón en la metrópoli, y su gobierno incitaba á sus colonias insurreccionadas á reunirse en cortes bajo los auspicios del rey cautivo en cuyo nombre se gobernaban, y que restituido muy luego á su trono haría imposible continuar esta ficción. En Méjico triunfaban por todas partes las armas realistas. La estrella naciente del libertador Bolívar en Caracas, iba á eclipsarse, y las revoluciones de Quito, Venezuela y Nueva Granada habían sido ó iban á ser sofocadas. Lima continuaba siendo el gran centro político y militar de la reacción, y después de las invasiones sucesivas de Pareja y de Gainza, preparaba una tercera para sojuzgar el reino rebelde. Sólo iban á quedar en el vasto escenario de la revolución sud-americana, las Provincias del Río de la Plata, no bien repuestas de los contrastes en el Alto Perú, y Chile próximo á sucumbir. En tales circunstancias, un acontecimiento inesperado, vino á salvar al general Gainza de la derrota, y á precipitar la caída de Chile.

Mandaba en 1814, la estación naval de la Inglaterra en el Pacífico, el comodoro Hillyar, quien en su calidad de aliado de la España ofreció al virrey del Perú su mediación para pacificar el reino de Chile. Abascal aceptó su proposición sobre la base de un completo olvido, siempre que los chilenos ratificasen el reconocimiento de Fernando VII y la soberanía de la nación española representada por sus cortes, jurando su constitución y reinstalasen su Audiencia, para cuyo sostén debían recibir una guarnición de tropas chilotas. El comodoro llegó á Santiago, en momentos en que el paso del Maule por O'Higgins y la defensa de Quecheraguas cambiaba

la faz de la guerra; pero el estado general de la revolución americana y los recientes pánicos que habían enervado las almas, predisponiéndolas á la paz, hicieron que el gobierno aceptase favorablemente la abertura, modificando empero las proposiciones del virrey, de acuerdo con el Senado y conformidad del mediador. O'Higgins y Mackenna, por su autoridad y por su calidad de medio ingleses los dos, fueron encargados de la negociación asesorados por el Dr. Jaime Zudañez. Al principio hubo de negarse el general Gainza á aceptar un tratado fuera de sus instrucciones, que sólo lo autorizaban á negociar sobre la base de la rendición de los insurgentes; pero en la situación apurada en que se encontraba y por las sugerencias de Hillyar hubo de pasar por todo. En consecuencia, estipulóse que el gobierno de Chile volviera al estado de 1811 y fuese desempeñado por una junta provisional como la primitiva, cuya aprobación se sometería á la Regencia de España, y que las tropas nacionales, — denominación que se daba á los realistas, — evacuarían el territorio en el término de un mes, quedando Chile obligado á enviar diputados á la península para arreglar todas las diferencias, y concurrir mientras tanto al sostén de la España con todos los auxilios á sus alcances (3 de mayo de 1814). Estos tratados que llevan la denominación histórica de Lircay, fueron tan mal recibidos en el campo realista, como por la opinión del pueblo chileno. Desde entonces pudo verse que ellos no importaban sino una tregua pasajera.

Ha sido una cuestión histórica, si los tratados de Lircay fueron ajustados por las partes con el ánimo deliberado de no cumplirlos. Por lo que respecta á Gainza, es evidente que obró bajo la ley de la necesidad, y que ellos lo salvaron de una derrota segura. En cuanto al gobierno de Chile y á sus negociadores, parece que procedieron de buena fe y que pensaron haber obtenido la única ventaja compatible con sus circunstancias, cediendo el uno al cansancio de la lucha, y

candorosamente los otros sin medir sus consecuencias. Así resulta al menos de los documentos diplomáticos inéditos. El gobierno chileno, no obstante su alianza con el argentino, cuyas tropas auxiliares formaban parte de su ejército, al apresurarse á cambiar su bandera nacional por la española, reservó la negociación de él, á punto que su enviado diplomático en Santiago sólo llegó á conocer su resultado cuando la prensa lo vulgarizó (37). Desempeñaba este puesto el doctor Juan José Passo, en sustitución del doctor Vera, quien en presencia de la nueva situación que los tratados creaban, oficiaba á su gobierno: « Por más que he contraído mi observación á penetrar la » intención de este gobierno no he podido adelantar nada. » Estando al sentido literal, este país y su gobierno rompiéron la amistad con esa, pues que ya no existe la unidad de » causa, único vínculo que los ligaba; se ha sustituido la que » nuevamente contraen con Lima y la España. Las formas » públicas son todas conformes á estos principios. En el ejercicio de mi representación, sin embargo, no he hecho novedad, pues cabe en la política sea efecto de la necesidad » la reserva, acomodarse á perder en la opinión y en parte » de la autoridad en el riesgo en que se hallaban de perderlo » todo, no obstante la aparente contradicción de la docilidad » y franqueza con el enemigo, y los resultados contrarios de » la mediación inglesa aquí y en ese país » (38).

Á fines de mayo, cuando las dificultades para la ejecución del tratado empezaron á sentirse por una y otra parte, el gobierno de Chile se dirigió oficialmente al enviado argentino, adjuntándole copia de una comunicación dirigida á su agente

(37) El número del « Monitor Araucano » en que se publicaron los tratados, fué quemado al pie de la horca por el pueblo. (Of. del coronel Marcos Balcarce al Director de las P. U. de feh. 11 de mayo de 1814.) — Los tratados se publicaron en el núm. 42 del « Monitor » del 10 de mayo.

(38) Ofi. de Passo de 14 de mayo de 1814. M. S. del Arch. Gral.

diplomático en Londres, don Francisco Antonio Pinto, en que autorizaba á éste para presentarse ante la corte de Madrid á fin de representar sus derechos, para proceder según el estado político de la España, agregando que, á pesar de los conceptos equívocos que aquella envolvía, Chile estaba resuelto á ser libre á toda costa, y que mientras más conocía sus derechos, más odiaba la esclavitud (39). Expirado el plazo para la evacuación del territorio por las tropas realistas, el director Lastra se dirigió al director Posadas, y al paso de justificar la demora manifestábale su recelo de que las estipulaciones no se cumplieren por parte de los españoles, y le informaba, que su enviado en Buenos Aires, que lo era Infante, le instruiría reservadamente de su pensamiento, pidiéndole, para arreglar á él sus proceder, encargara á su agente en Londres, el señor Sarratea, averiguase la opinión de las cortes europeas á su respecto (40).

Cuando se hizo conciencia general, que el pacto de Lircay estaba de hecho roto, el gobierno chileno dió una explicación más franca al enviado argentino, quien la aceptó, tomando las cosas como venían. « Estoy informado de » buen origen, decía Passo, que no fué de seria intención el » ánimo de este gobierno en la conclusión de los tratados, » sino un medio adoptado para salvar del apurado conflicto » al país, amenazado de perderse. El mes de plazo para eva- » cuar el territorio es cumplido con exceso, y no solamente » no se satisface á esta principal condición, sino que por el » contrario se conservan las tropas enemigas ocupando toda

(39) Carta oficial del Director Lastra al Director Posadas de 3 de junio de 1814. M. S. aut. « Papeles de Posadas » en nuestro archivo.

(40) Estas dos comunicaciones, que fueron interceptadas por los españoles, encuéntrase en un manifiesto de Osorio, publicado en folleto bajo el título de: « Conducta militar y política del general en jefe del ejército » del rey en oposición con la de los caudillos que tiranizaban el reino de » Chile », ps. 16 y 17 (en la nota 3).

» la provincia de Concepción, incluso la ciudad de Chi- » llán » (41).

Como se vé, la política vacilante del Gobierno de Chile, tímida al principio, candorosa después, y doble al fin, se dejaba arrastrar por acontecimientos que no dominaba ni preveía, fluctuando entre corrientes encontradas en que fatalmente debía naufragar. En esto había venido á parar la dictadura de Lastra, que después de arriar la bandera de la revolución, no servía ni para la paz ni para la guerra. Por un fenómeno que se repite en las situaciones confusas de la vida de los pueblos, la misma opinión flotante que había aconsejado los tratados, se volvía contra ellos, y el espíritu público se manifestaba más vigoroso que nunca (42).

XII

Rota de hecho la alianza argentino-chilena, aun cuando secretamente se tratara de mantenerla por una y otra parte en previsión de lo que pudiera sobrevenir, los Auxiliares Argentinos se retiraron del ejército en campaña y se reconcentraron en Santiago por orden del director Lastra (43). Al día siguiente de su llegada, estalló una sublevación de cuartel, que restauró la dinastía de los Carrera (22 de julio). Éstos, explotando el descontento público, trabajaron algunos cuerpos de la

(41) Ofi. de Passo al Gob. argentino de 14 de junio de 1814. (M. S. del Arch. Gral.)

(42) En un ofi. del coronel M. Balcarce al Gobierno argentino de 11 de mayo de 1814, le dice lo siguiente: « El espíritu público se ha aumentado de resultas de la transacción, y si los tratados no llevan por objeto » sino salir de apuros y ganar tiempo para prepararnos mejor, el pue- » blo lo considero ahora más bien dispuesto que nunca para volverse á » empeñar en su independencia ». (M. S. del Arch. Gral.)

(43) Ofi. de fha. de 16 de julio de 1814. (M. S. del Arch. Gral.)